

MEMORIAS DE UNA HISTORIA MAL CONTADA

Autor

EDGAR ANDRES BOLAÑOS OREJUELA

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE ARTES INTEGRADAS
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MAESTRÍA EN CULTURAS AUDIOVISUALES - 7579

Asesor

MANUEL SILVA RODRÍGUEZ

02 DE NOVIEMBRE DE 2025

Narración/voz en off

Para el desarrollo de la película se realizaron tres reescrituras de la voz en off, con el fin de corregir aspectos narrativos. Una vez se consiguió la versión final, se procedió a realizar la grabación en estudio. La propuesta final de narración se decantó por última vez en el proceso de montaje. El pietaje original presentado para este proceso es el siguiente:

0:00

La muerte es algo que me angustia. Mi abuela se murió dos veces: una noche de enero cuando aún era muy niño, repentinamente dejó de respirar. Y muchos años más tarde, un día en el que descubrí que ya no podía recordar el sabor de ninguna de sus comidas, me di cuenta de que había fallecido por segunda vez. Aunque era muy niño, aprendí que el olvido es otra muerte. Ese día quise que mi familia viviera para siempre.

4:55 – 6:55 / 7:00 – 7:10

Yo vengo de otro tiempo, un momento de la historia dedicado al tacto; en ese tiempo no era muy popular aún lo digital. Las imágenes reposaban en películas o papel. En las casas había álbumes de todos los tamaños con fotografías impresas; cada página estaba protegida por una fina lámina de papel transparente, y cada hoja guardaba el misterio de la siguiente. Los álbumes solían guardarse en algún rincón del armario. De ese tiempo vengo yo, de la generación de la fotografía impresa que se llevaba en la billetera, o se ponía en el portarretrato, o se coleccionaban en estos enormes libros.

7:58 – 8:36

Cuando una persona visitaba mi casa por primera vez, era casi un plan obligatorio revisar los álbumes fotográficos. Mis papás habían ordenado categorías dentro de los álbumes: “el primer mes del bebé”, “el paseo al río”, “el cumpleaños de la mamá”. Decíamos cosas como: “mira cómo estaba de flaco”, “¿qué se me habrá hecho esa camisa?”, “mira, mi abuelo cuando tenía pelo”. En fin, un sinnúmero de imágenes con

personas y lugares de los cuales recordamos solo una parte. En esas páginas los que están y los que ya se han ido conviven durante el tiempo que el papel lo permita.

8:40 – 9:30

No pensamos en hacer imágenes para el presente, sino para ser vistas en el futuro. Ellas adquieren más valor cuando las ausencias las hacen irrepetibles.

9:36 – 11:12 / 11:25 - 12:30

A mi papá esas colecciones de imágenes le gustaban mucho; se pasaba tardes enteras en la mesa del comedor reorganizando las fotos, creando nuevas categorías, pegando recortes de las tiras cómicas de la prensa para hacer cada página lo más graciosa posible. Era fascinante ver lo dedicado que era a los álbumes familiares; cada uno de esos libros era como un trofeo para él.

12:14 - 12:30

Mi mamá dice que cuando llegó la videocámara todo cambió; el álbum familiar se hizo audiovisual y las tardes pasaron de ser el tiempo para organizar fotos a ser el espacio para descubrir para qué sirve cada botón en la cámara y cómo parecerse cada vez más a la imagen de la televisión.

En el 2019 mi papá falleció. Después de 3 años de pelear con las secuelas de un accidente cerebrovascular, decidió tomarse un descanso y se mudó al imperio de los recuerdos. Ya nadie organiza las fotos en la mesa del comedor; se quedaron tal como él las dejó y ahora su imagen dentro de los álbumes es una ausencia más.

14:05

Habían pasado solo un par de años cuando una tarde cualquiera mi hermano me dijo: “Se me está olvidando la voz de mi papá”. Busqué inmediatamente en mi memoria y, aunque tengo las frases exactas que diría en cada instante, los chistes que solía repetir una y otra vez y las mismas historias familiares, me di cuenta de que el tono de la voz, la melodía exacta que salía de su garganta, se estaba desdibujando de mi memoria. Entonces supe que se me estaba muriendo el viejo por segunda vez.

16:59 - 17:06

El dolor del olvido me pesa más que el del fallecimiento.

17:50 - 18:15

Empecé a buscar a mi papá en las historias de sus hermanas mayores, mi mamá, mis hermanos y los álbumes familiares, y justo ahí, en el último rincón del armario, encontré una colección de casetes. En esas 19 cajas de plástico llenas de polvo y hongos quedan los vestigios del video álbum familiar, que no solo es una vista al pasado que fuimos, sino un eco tardío de la voz de mi papá.

19:20 – 21:30

A finales de los ochentas en Cali había un cierto aire festivo, la economía se disparaba muy alto, y los caleños pretendían ser personajes de los programas de televisión gringos que veían por cable; en las calles desfilaban las telas de seda italiana, mostachos gruesos, candongas de oro, gafas de piloto y zapatos blancos de charol. Las tardes caleñas morían entre ritmos tropicales y sonidos de sintetizadores que se hacían cada vez más populares. A la capital del cielo le rondaban nubes doradas.

23:00 - 23:35

Por esos días de excesos en la ciudad, a mi papá se le ocurrió comprar una videocámara. Pero no cualquier videocámara que lo hiciera lucir corriente; él quería destacarse, quería ser el centro de atención al desenfundar de su maletín de cuero el equipo más llamativo que

cualquiera a su alrededor pudiese imaginar. Así que, en algún lugar desconocido para nosotros, compró la cámara más grande, de mejor calidad y más moderna; no importaba si la sabía manejar, lo importante es que era grande, y por tanto fina.

23:47 – 25:30

En esa época tener videos familiares era un lujo; una videocámara daba cierto “estatus” a todo el grupo familiar; era algo así como un juguete muy costoso. Y mi papá era como un niño al que le encantaba lucirlo, así que se convirtió en el camarógrafo oficial de todos los eventos familiares.

28:45 – 29:05

Mi padre jugaba constantemente a ser un reportero; le pedía a mi madre que fuese camarógrafa y él improvisaba preguntas y chistes, mientras sostenía cualquier objeto que tuviera cerca como si fuese un micrófono. Simular ser parte de un noticiero lo hacía sentirse importante.

32:00 - 32:30

Un día memorable parece ordinario mientras ocurre, pero adquiere brillo cuando se ve a través de la pantalla. Recuerdo lo emocionante que era sentarse a verse a uno mismo en el televisor; si la fotografía hace que la imagen resista a la muerte, el video hace que además la voz sea eterna.

32:40 – 34:00

Ojalá hubiera una forma para reconocer que estás viviendo los mejores momentos de tu vida antes de dejarlos atrás.

35:40 - 36:02 / 36:45 – 37:30

Los noventa avanzaron un poco más y todo cambió vertiginosamente: la caída del narcotráfico, la apertura económica, el UPAC, el proceso 8000, entre otros factores, se alinearon en un mismo momento y golpearon la ciudad de forma que aún no se repone totalmente. Las nubes doradas que brillaban sobre la capital del cielo, al parecer solo tenían un revestimiento de oro golfi, algo así como una aleación de vanidad, ego y mentiras, que ahora lucían oxidadas. Las calles del centro se llenaron de avisos de “se arrienda” y la melodía de las calles pasó a ser un “ayúdeme que tengo hambre”.

40:15 – 41:35

A nosotros también nos llegó un poco de descolorido aire caleño; el desempleo se metió dentro de la cocina de la casa y desde ahí arrasó con las provisiones que teníamos. Con la liquidación que le pagaron a mi padre en su trabajo, compró un viejo Renault 6 color azul, que utilizó para emprender de muchas formas: transportaba mercados, vendía flores artificiales, manteca, helados, aceite de cocina; por las noches vendía arepas y chorizos con mi madre; pero todos eran intentos desafortunados de volver a una época que ya no existía. Con el tiempo tuvieron que vender los enseres para que pudiéramos comer; ya no había mesa del comedor, ni sala, ni lámparas, ni carro, ni nada que no fuese estrictamente necesario para vivir medianamente cómodos, salvo por la videocámara, que era el último rastro de otro momento económico para la familia que cada vez parecía más ajeno. Mi padre se aferraba a ella y se resistía a lo que parecía inevitable.

41:40 – 44:15 / 44:20 - 46:00

No hay mejor incentivo para la creatividad que el hambre, y en medio de tantos dolores de cabeza, a mi papá se le ocurrió sacarle provecho comercial a la cámara, así que, sin mucho conocimiento ni pericia técnica, se lanzó al ruedo como camarógrafo aficionado. Comenzó a grabar fiestas infantiles y matrimonios de otras familias, y

para ahorrar dinero grababa sobre las películas caseras, reemplazando nuestras imágenes por las de otras familias. El videoálbum se convirtió en una colcha de retazos de momentos que no reconozco; en ese proceso se murió parte de nuestra historia.

46:08 – 46:33 / 46:10 – 47:00

Con el paso de los años no solo nos hacíamos viejos nosotros, sino también la cámara. Para mediados de los noventa ya no era un artefacto de vanguardia, ni representaba la tecnología más avanzada; por ello, mi padre se vio forzado a mejorar sus grabaciones para mantenerse competitivo, y encontró en la iluminación su talón de Aquiles.

48:55 – 49:20

Valiéndose de su desconocimiento de carpintería y su inexperiencia en electricidad, en compañía de mi hermano mayor, que era su fiel asistente, improvisaron unos rudimentarios aparatos que se aproximaban solo en la forma a los equipos reales.

49:30 – 50:15

La estrategia no pudo sostenerse mucho tiempo, y el emprendimiento de grabación no prosperaba. Como último recurso, mis padres decidieron emprender juntos como creadores audiovisuales, ahora para hacer videotarjetas románticas personalizadas.

10:16 – 12:48

En este nuevo proyecto, mis padres eran contactados por alguien que quisiese regalar a su pareja un video conmemorativo de su relación. Para ello, esta persona les suministraba fotos y un breve relato de su historia. Con esto, mi madre organizaba y pegaba las fotos en la pared; luego mi padre grababa la secuencia de imágenes mientras ella leía la historia que había editado. Usaban como música de fondo siempre la misma canción, “Pingpong bajo los árboles”, de Richard Clayderman, que estaba en el único disco instrumental que teníamos en casa y que brindaba a las películas un aire sofisticado. Durante todos estos años estábamos seguros de que esta canción se llamaba “Pimpón sobre los árboles” y hemos repetido mal este nombre millones de veces, como una historia mal contada que ha perdido sus características originales y que ahora es un recuerdo nuevo, una historia que no es valiosa por su veracidad, sino porque nos pertenece.

17:04 – 17:22 / 17:36 – 21:20

En esta época mi padre no hizo muchas películas caseras, casi no había reuniones familiares, ya no íbamos al río, no había Navidad, no se bailaba mucho en esos días, el licor no se usaba para brindar, sino para anestesiar las angustias; la cotidianidad ya no era una fiesta, sino una pesadilla. Por mucho tiempo mi papá no filmó nada que no fuese contratado; pensé que él se sentía avergonzado de la situación que vivíamos, y que había decidido grabar hacia afuera de la casa por no encontrar nada digno dentro de ella. En ese momento estuve molesto, porque nuestro video álbum familiar, además de los remiendos de imágenes de otras vidas, también tenía enormes vacíos de años que él había invisibilizado.

21:24 – 25:04

Ahora prefiero creer que omitir fragmentos del álbum familiar se hace como un acto compasivo; así como no se hacen fotos de alguien llorando en un funeral ni de una pelea de pareja, tampoco se guardan recuerdos de los años que no son gratos, se

protege la memoria del grupo familiar para que un día recordemos el pasado como un momento mejor, donde el olvido nos permita abrazar con cariño a la nostalgia.

25:33 – 28:16

Un día, finalmente, la situación se hizo aún más apremiante y pasó lo inevitable: mi papá aceptó la mejor oferta que recibió por la videocámara; el lujo no es algo que quepa en una casa con alacena vacía.

32:30 – 35:12 / 36:16 – 36:35

Quiero dedicarles a los políticos, narcotraficantes, delincuentes y todos los que contribuyeron a la crisis económica de mitad de los noventa en Cali el vacío en mi álbum familiar; todos los huecos que hay en él se los debemos a ustedes. Millones de adultos y niños tuvieron que salir a trabajar sin descanso y se convencieron de que el tiempo familiar es un ocio al que solo accedían los que tenían las billeteras llenas. Ustedes se llevaron las navidades, los cumpleaños, los paseos al río y las ganas de bailar; ustedes hicieron que pidiéramos ayuda al olvido para que se llevara con prontitud estos días de nuestras cabezas.

36:48 / 43:20 – 43:36

Pasaron algunos años en la misma situación; vivimos día a día de préstamos en préstamo, eligiendo las tarjetas de crédito que aún tenían algo de cupo, escondiéndonos de los cobros bancarios por teléfono. Pero los viejos dicen “no hay mal que dure cien años” y un día las cosas empezaron a tomar un nuevo brillo. Mis papás consiguieron empleos, lentamente se iban cubriendo las deudas adquiridas, se volvieron a comprar algunos modestos enseres: una pequeña sala de madera con sillas que crujían al usarse y un comedor que podría catalogarse como “vintage”.

43:44 – 46:40

Una tarde mi padre se sentó en la nueva mesa del comedor y en silencio hizo algunas cuentas. Según sus cálculos, bastaría con ahorrar un par de meses y podría volver a comprar su antigua cámara; con mucha disciplina guardó una parte de su salario. Una noche, al llegar a casa, telefoneó al sujeto que le había vendido la cámara y le ofreció comprarla por el mismo valor. Sin embargo, él le explicó que ya no estaba en buen estado, había sufrido múltiples averías y apenas si lograba enfocar algunas imágenes; el micrófono incorporado estaba remendado al resto del artefacto; realmente era casi inservible. Mi padre sonrió confiado y solo dijo: “¿Cuándo puedo pasar por ella?”.

47:28

Cuando la cámara estuvo de vuelta, mi padre volvió a grabar la cotidianidad.

47:44 – 50:56

Una tarde de domingo se sentó conmigo en la mesa del comedor. “Sería bueno que aprendas a manejar la cámara”, me dijo, y ahí me confió el juguete más valioso que había tenido en toda su vida. Ese día jugamos a las entrevistas, pero yo lo grababa a él; fui camarógrafo por primera vez. Al igual que él, yo también jugaba a ser alguien famoso e importante. Jugaba a ser mi viejo.

51:44 - 52:16

El paso de los años no afecta solo los cuerpos, sino todas las superficies; en cada centímetro de las cosas existentes se perciben los rastros del tiempo que violentamente corroe cada capa física. Ya no queda mucho rastro de la potente y lujosa cámara.

56:08 – 56:32 / 57:36 – 59:12 / 1:02:24 – 1:02:56 / 1:05:00 – 1:06:00

Recuerdo una reunión en casa de uno de mis tíos una noche de domingo. Los adultos bebían licor y bailaban, mientras los chicos desfallecíamos de aburrimiento por la anticuada música. Uno de mis primos nos

rescató del tedio asegurándonos tener en su habitación la cosa más bizarra, escalofriante y a la vez maravillosa que pudiéramos imaginar. Sin pensarlo mucho, salimos disparados a encerrarnos dentro del pequeño dormitorio. Él nos contó que, para curar las afecciones respiratorias que lo atormentaban desde bebé, lo habían llevado a lo profundo de un monte a las afueras de la ciudad, donde en compañía de algunos habitantes del sector cazaron un armadillo. Mi primo tenía que beber un vaso de sangre aún caliente de este animal para curar sus males. Ya con el cuerpo del armadillo desgarrado en el suelo, se enteraron de que era una madre con un feto en el vientre; mi primo pidió sacarlo y conservarlo en un frasco de alcohol. Esa noche nos enseñó el escalofriante tesoro que conservaba de su chamánica aventura. Nunca jamás habíamos visto algo tan espeluznante. Empezamos a examinarlo llenos de asombro y en ese momento otro de mis primos tuvo una brillante idea. “Destapémoslo y veamos quién es capaz de olerlo por más tiempo”, dijo; casi que de un solo grito todos estuvimos de acuerdo y él mismo empezó a darle vueltas a la tapa del frasco lentamente. A medida que esto pasaba, uno a uno todos salieron corriendo del cuarto; sin embargo, yo no sentía nada. Cuando me quedé totalmente solo frente al frasco, me di cuenta de que algo en mí no estaba bien. Decidí introducir la nariz y aspirar con fuerza, pero no percibí ningún olor. Me llené de un miedo inmenso y recuerdo que la única frase que apareció en mi cabeza fue “creo que soy ciego de la nariz”.

1:06:40 – 1:07:49

Anosmia congénita, así se le denomina a la incapacidad del cuerpo humano para percibir olores desde el nacimiento, y por ende hace que el sentido del gusto se reduzca a su mínima expresión. Después de muchos años, pruebas, exámenes y tratamientos, me di cuenta de que, en búsqueda, esta condición no tiene cura.

1:10:24 – 1:

Con la llegada del internet y el acceso a amplios canales de comunicación, decidí empezar a investigar al respecto, para entender un poco las magnitudes de la enfermedad y tratar de encontrar posibles tratamientos. Pero la búsqueda, en vez de traer paz, dio lugar a una enorme angustia. Al no tener recuerdos ligados a aromas, con el paso de los años se dificulta el proceso de recordar; por lo tanto, hay una tendencia a padecer otras enfermedades como el Alzheimer. Ese fantasma de nombre que suena europeo quizás sea el más profundo de mis temores. Esta película es un intento por resistirme al olvido al que podría estar inevitablemente condenado, a vivir en un mundo de olvidados.

1:18:40 – 1:19:49

Mientras reviso los casetes, encuentro la imagen de mi viejo en una faceta casi irreconocible para mí. En mi memoria vive un papá que era mucho más formal; siempre me saludaba con la mano y me decía “buenos días, joven”. Su manera de expresar cariño no era ni los abrazos ni las caricias; era más bien alguien bastante moderado y un tanto solitario. Al parecer, ni la memoria ni los videos son tan exactos, lo que me hace pensar en cuál imagen es más sincera, ¿la del recuerdo o la de un video?

No sé cuánta verdad hay en todo lo que recuerdo; quizá todas estas anécdotas no sean más que un collage de sueños, películas, historias que en algún momento intercambié con algún taxista o en la fila de un banco. Mi pasado parece una historia mal contada. Quizás todo lo que recuerdo es una gran mentira a la que me he aferrado sin razón aparente y desconfío de cada palabra que he pronunciado con certeza.

No me angustia tanto lo que he olvidado como la posibilidad de un día no poder recordar las cosas que puedo recitar con cierta seguridad, como mi nombre, el de mis padres y hermanos, mi lugar de nacimiento o mi comida favorita.

1:24:16 – 1:24:48

Mi vida es como un sueño que se olvida a

medida que transcurre el día; las imágenes se descontextualizan y se convierten en un gran rompecabezas incompleto. Le temo mucho al olvido, no al olvido que me alcanzará después de muerto, sino a olvidar todo a mi alrededor mientras aún respiro en este mundo, porque olvidarse de todo es como estar muerto en vida.

1:25:20 – 1:27:28

Recuerdo que mis padres decían que antes de la crisis económica hubo una época donde lo teníamos absolutamente todo. Y aunque al revisar las imágenes me encuentro con que nunca fuimos una familia muy adinerada, en ese momento estaba la familia completa en un pedacito de universo al que llamamos hogar y eso realmente es una fortuna invaluable a la que nunca más accederemos.

1:29:20 – 1:31:28

Por más que lo busque, mi padre está muerto y nada va a cambiar eso. Me quedan los rastros de su existencia en las fotos y videos, y en las manos el legado de una cámara para dilatar mi segunda muerte.